

NI PAZ EN EL VIETNAM NI ELECCIONES EN INGLATERRA

En octubre no habrá, como en algún momento pudo haberse pensado, nuevas elecciones generales en la Gran Bretaña. Es probable, sin embargo, que haya una especie de elección, o plebiscito, o toma emocional de posiciones, en Blackpool, tradicional escenario de las conferencias anuales del Partido laborista. Y en el caso de que no hubiese nada de todo esto, siempre se podrá pensar en que la causa—o la explicación—hubiese de ser el estado de debilitamiento en que se encontraban ya las fuerzas—las representaciones—movilizadas para hacer un balance de una obra de gobierno al cabo de un año de graves crisis y difíciles situaciones. Y quizá también de muchas ilusiones perdidas.

La última gran baza con que había soñado Harold Wilson, el primer ministro, para iniciar un proceso de rápida recuperación, y algo más aún, de todo lo que, por el lado del prestigio y la popularidad, de tanta utilidad podía resultar en el momento de hacerse una nueva visita a las urnas, se había perdido incluso antes de hacerse la jugada definitiva. La suerte no ha querido hacer compañía a Mr. Wilson desde el día mismo en que le proporcionó una victoria tan apretada en las elecciones de octubre de 1964, que podían ser necesarias las dotes de un mago para sacar adelante un programa cuya gran promesa era nada más ni nada menos que introducir cambios y alteraciones radicales en las estructuras de la nación, y a un ritmo tal que con lo realizado en los primeros Cien días—los famosos Cien días que han hecho ya historia repetidamente desde Napoleón hacia acá—sería más que suficiente para hacer imposible toda idea de volver la vista atrás.

Desde entonces no quedaría futuro, por lo menos en lo que a un ser humano “normal” le es dado pensar en el futuro, lo cual no es el caso, evidentemente, de Mr. Wilson, un político que gozaba del prestigio de poseer en

propiedad una inteligencia superdotada, para nada más que el laborismo. Lo que el laborismo había iniciado, sólo el laborismo podría terminarlo. Y para eso haría falta, sin duda, un período de tiempo no menos largo que aquel en el que se había mantenido en el Poder el Partido Conservador, para batir todos los antecedentes modernos de la continuidad al frente de la vida política nacional.

A partir del momento aquel de la victoria en las urnas, un año antes de ese nuevo congreso del Partido Laborista, las cosas empezaron a presentarse de tal manera que casi se podía tener la impresión de que la suerte se había retirado un poco, acaso con la intención de que nada hiciese sombra o quitase esplendor a las realizaciones de aquella inteligencia privilegiada. Aunque, en alguna ocasión, pudo tenerse el convencimiento de que se trataba de una carrera de obstáculos para cuyo triunfo se necesitaba algo más que la inteligencia y los recursos del *jockey*: podía hacer falta también el nervio, la resistencia y el vigor físico del caballo con que se pretendía alcanzar la meta en un tiempo *record*. Con *handicaps* como el de la crisis de la libra, con una duración de meses—no ha terminado todavía—, o del déficit pavoroso en la balanza de pagos, o la necesidad de hacer reajustes en materia de política estratégica y exterior, ¿qué se podía hacer con una nación que empezaba a producir la sensación de encontrarse falta de las reservas indispensables para realizar el esfuerzo supremo que de ella se esperaba en la hora de la gran prueba, que empezaba con la carrera del rejuvenecimiento mediante una transformación radical de sus propias condiciones de vida y hasta de sus relaciones con el resto del mundo?

En cosas así habría pensado necesariamente, aunque a su propia e inteligente manera, Mr. Wilson en el momento de encontrarse sin triunfos en los cuales descansar para seguir jugando y poder así ganar la apuesta decisiva: las elecciones que todo el mundo creía que no podrían estar muy lejos. Para dar, inesperadamente, como es obligado en los casos de las soluciones que merecen ser tenidas por geniales, con algo sencillamente maravilloso: la transformación de la Commonwealth en el instrumento más decidido y eficaz para al restablecimiento de la paz en el Sudeste Asiático.

Por supuesto, la gran ocasión era la reunión anual de primeros ministros de la Commonwealth. Bajo la dirección de Mr. Wilson, ¿por qué no había de triunfar entonces lo que había fracasado con anterioridad, unas veces por haberse querido, en verdad, hacer algo, como en el caso de los tímidos intentos de mediación de la naturaleza de los realizados por la Gran

Bretaña al aprovecharse de su posición de copresidente de la Conferencia de Ginebra de 1954; las advertencias y amonestaciones del general De Gaulle, que para los Estados Unidos resultaban insoportables desde hacía tiempo; los llamamientos apasionados e impacientes del Papa Paulo VI, y, en fin, la sensación de inutilidad, desaliento y frustración que ha venido dando la organización de las Naciones Unidas, al no dejársele intervenir en lo que pudiera muy bien ser ya el mayor peligro que para la paz internacional se había producido a lo largo de toda la postguerra, y al no sentirse con fuerzas propias para nada más eficaz que aquella amarga advertencia, un poco indirecta de U Thant, en los actos conmemorativos del XX aniversario de su fundación, en San Francisco? “¿Es sólo—preguntó—el azote de la guerra o el látigo del terror lo que nos puede mover hacia la meta de la paz y la justicia en el mundo?” Porque ni siquiera el peligro del aniquilamiento nuclear ha servido—o ha bastado—para dar una sensación de apremio a las tareas de la paz y el orden universales.

Son las fuerzas incontenibles del nacionalismo, añadió U Thant, las que dejan la sensación de tener mucha mayor influencia que cualquier idea o concepto del interés común. “¿Es que no podemos—preguntó al fin—hacer un esfuerzo para arrancar de nuestro propio sentido de la responsabilidad y el conocimiento antes de ser empujados como unos simples refugiados por la tormenta que puede ser desencadenada por nuestra propia incapacidad para hacernos con el futuro?”

Oportunidad única.

Era inútil. No se hubiera podido encontrar una demostración más clara—por poco satisfactoria que fuese—que la hecha poco antes por el presidente de los Estados Unidos, al pronunciar un discurso en el que no se dijo nada de lo que se esperaba y que por eso fué calificado como una gran desilusión. Ni siquiera se pudo hacer gala de un poco de generosidad al rendir algún tributo a lo que acababan de hacer la Gran Bretaña y algunos países del norte de Europa, unos donativos especiales a las Naciones Unidas del orden nada despreciable de casi 18 millones de dólares, como aportación al esfuerzo encaminado a sacar a la gran organización internacional del trágico atasco en que se encontraba sumida, desde casi cualquier posible punto de vista elegido para su contemplación. Aquel estado de bancarrota financiera que le había llevado a buscar con urgencia créditos ban-

carios a corto plazo para poder mantenerse al día en algo tan elemental como el pago de los salarios, venía a recalcar mucho la gravedad de la situación.

Pero este aspecto desfavorable de la cuestión parecía llamado a terminar en seguida. Lo que se acababa de iniciar encontraría un impulso renovado y formidable con la declaración que se esperaba hiciese el presidente Johnson, en el sentido de que los Estados Unidos harían un regalo a las Naciones Unidas, en acto de reiterada demostración de fe, que había de ser necesariamente importante: 25 millones de dólares por lo menos. Después de esto, ¿qué podía hacer la Unión Soviética, una de las causas principales de la situación a que se había llegado, ante su terca insistencia en no pagar las cuotas especiales por causa de las intervenciones militares en el Oriente Medio y en el Congo? Los principios se mantendrían, sin duda, a tiempo que se ayudaba a las Naciones Unidas con un "regalo" que sería capaz de cubrir una gran parte, por lo menos, de una deuda cuya legalidad estaba afirmada de dos maneras igualmente definitivas: la mayoría decisiva de la Asamblea General y un fallo del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya.

Ni eso siquiera. Nada más que una cosa: la promesa de que los Estados Unidos acogerían favorablemente cualquier ayuda que fuese prestada por las Naciones Unidas o por su secretario general, U Thant, para llevar al lado comunista en la guerra de Vietnam a sentarse a uno de los lados de una mesa de conferencias. Pero, esta actitud de ahora, ¿era la misma de una semana antes, cuando de una manera sistemática se habían recibido con frialdad los intentos o las insinuaciones de intervención y de mediación de las Naciones Unidas?

Aquello parecía ser más bien la conclusión a que había llevado una serie de fracasos y desilusiones, el convencimiento tal vez de que sólo una cuestión de honor o de prestigio podía inducir al lado comunista a comportarse en la forma en que lo hacía. Precisamente por eso se había iniciado aquella nueva fase de una guerra peligrosa, con el bombardeo persistente y devastador de los objetivos militares y estratégicos del Vietnam del Norte, una acción que no se quería presentar como lo que era: una progresión por el camino del escalamiento, que era una de las cosas de que más se venía hablando desde había algún tiempo, por temor a que su más probable consecuencia fuese el llegar a la primera guerra general de la era atómica. Resultaba totalmente incomprensible que el Vietnam del Norte, una nación salida de una manera artificial de la Conferencia de Ginebra de 1954, con

unos 16 millones de habitantes, de los cuales el 90 por 100 vive en las regiones rurales, testimonio más que sobrado de un estado primitivo de desarrollo económico, pudiese resistir más allá de aquellos dos meses iniciales de bombardeos devastadores sin caer de rodillas, sencillamente. El presidente Johnson había hablado de ello en privado y aquella era, sin duda, la explicación de lo que se llegó a calificar como la extraña conducta del presidente demócrata de una nación democrática donde las cuestiones de gobierno, grandes y pequeñas, solían ser objeto de debate y discusión en el Congreso, en la Prensa, en la tribuna y en la calle. Sobre aquel aspecto nuevo de la situación en el Vietnam, que parecía introducir alteraciones radicales en una ecuación que había dado mucho en que pensar hasta entonces, ni una sola palabra. ¿Es qué se esperaba el acontecimiento inevitable, la decisión del Vietnam del Norte de solicitar negociaciones de paz—que los Estados Unidos habían ofrecido en condiciones que deberían resultar tentadoras, precisamente, por no hablarse para nada de condiciones previas de ninguna clase, con lo que todo habría encontrado, al fin, la explicación que tantos pedían al mismo tiempo?

La equivocación en que ha caído el presidente Johnson, una de cuyas consecuencias menos graves ha sido el escaso, tibio y en ocasiones hasta forzado aplauso que se tributó a su discurso en aquella ocasión en que se celebraba el XX aniversario de la fundación de las Naciones Unidas, ha sido, sin duda, la equivocación de Harold Wilson. Con una situación como aquella a que se había llegado, con la persistencia de los bombardeos aéreos del Vietnam del Norte, mucho más allá de aquellos meses que se habían considerado como el plazo máximo a que podía llegar la especulación sobre la capacidad de resistencia del Gobierno de Hanoi para resistir un castigo de aquella naturaleza, ¿no se daban todas las condiciones imaginables para asegurar el triunfo de una mediación bien calculada?

Esa era la gran sorpresa que tenía preparada Mr. Wilson para la conferencia de primeros ministros de la Commonwealth, cinco meses después, no dos, de haberse entrado en la fase del proceso de escalamiento de la guerra del Sudeste Asiático con los bombardeos sistemáticos y continuados del Vietnam del Norte. En el momento más oportuno se iba, prácticamente, a terminar con lo que se presentaba como una de las causas más principales y directas de aquella situación crítica a que se había llegado. El Vietnam del Norte, ¿qué otra actitud podía adoptar que la de recibir con los brazos abiertos una misión de paz formada en su totalidad, con la excepción

del presidente, Harold Wilson, naturalmente, por gentes de color que llegaban con la doble representación de ser miembros de la parte de la Commonwealth en vías de desarrollo, y de gentes afroasiáticas, por añadidura, en su mayor parte?

Lo de menos era lo que había movido a Mr. Wilson a tomar aquella decisión extraordinaria: alcanzar inesperadamente tan altas posiciones de prestigio y popularidad internacionales que bastasen para asegurarle una victoria resonante en las elecciones que esperaba convocar, sin duda, para el próximo otoño. De allí habrían de salir los días en que pudiese seguir adelante en la actitud del hombre capaz de sentir la confianza y el optimismo generados por una mayoría de 300, en vez de tres, diputados en la Cámara de los Comunes. Porque con esa mayoría tan exigua, ¿hasta dónde se podría llegar? Es más, ¿podía seguir ignorando Mr. Wilson por mucho tiempo la impopularidad de algunas medidas de gobierno, incluso en sectores importantes de su propio partido?

Condiciones onerosas.

Por fortuna—la suerte pudiera estar dispuesta a volver, en cualquier momento y con espontánea incondicionalidad, al lado de Mr. Wilson—, las perspectivas no parecían ser nada mejores para el Partido Conservador. Tenía de su parte dos tremendas desventajas para el caso de que se procediese a la convocatoria, en breve plazo, de unas nuevas elecciones generales. La evidente impopularidad de sir Alec Douglas-Home, en las filas de la dirección misma del Partido no menos que entre el público en general, en el que alguna impresión había producido el argumento de que mal andaban, sin duda, las cosas para el Partido Conservador cuando se había sentido la necesidad de descansar en un lord—transformado en *commoner* en virtud de una ley especial que hacía posible la renuncia a los títulos de nobleza hereditarios—para el ejercicio de un cargo doble, la dirección del Gobierno y del Partido, cuya fuerza política estaba en la Cámara de los Lores, no en la Cámara de los Comunes. Y también la circunstancia desafortunada, en una ocasión como aquélla, en que, como reacción inevitable a la posición minoritaria en que se encontraba en la Cámara de los Comunes, desde las elecciones de octubre de 1964, su actitud desde la oposición había de producir fatalmente la impresión de que el Partido Conservador se había desplazado un tanto hacia la derecha.

Por causas como el proyecto de ley de renacionalización de la industria del acero, el aumento y reforma del sistema de impuestos, la reforma de la propiedad de la tierra susceptible de urbanización, la gran expansión de los servicios y seguros sociales, el Partido Conservador estaba produciendo, desde los bancos de la oposición en la Cámara de los Comunes, una impresión que no concordaba bien con la que había ido saliendo de una docena larga de años en el Poder, un período de tiempo en el cual Inglaterra alcanzó unos niveles de actividad, bienestar y progreso para lo que no era fácil—no era posible en la inmensa mayoría de los casos—encontrar precedentes adecuados. Esa imagen de un partido inteligente, progresista, “al día”, ¿podía haberse desvanecido con tan aparente facilidad? ¿Y permitir, es más, que en su lugar fuese surgiendo el perfil del *tory* tradicional, el gran señor del club distinguido y las cacerías de raposas?

Tenían que ser grandes y graves las desventuras del laborismo para no ver muy mejoradas sus posiciones en el Parlamento después de unas nuevas elecciones generales. Pero las desventuras continuaban, y unas veces por causas en las que la única responsabilidad real y directa del nuevo Gobierno parecía ser la falta de valor y de visión para atajar un mal que no dejaba de agravarse, y otras por el empeño en hacer una política de partido y, es más, sectaria y “seccionalista” mucho más que nacional, acabó produciéndose lo que poco antes hubiera parecido imposible: una caída decisiva en el grado de popularidad y apoyo del Gobierno medido en la forma ahora de moda: las encuestas destinadas a la auscultación de la opinión en un momento dado.

Si bien el Partido Conservador no parecía ganar mucho terreno, en cambio el Partido Laborista lo estaba perdiendo. Hacía falta algo extraordinario para salir de una situación como aquélla.

Con el éxito—no necesitaba siquiera ser un éxito rotundo, lo cual haría clamoroso el triunfo de Harold Wilson, se hubiera tenido bastante con encontrar, por ejemplo, un clima acogedor en Moscú, pues con el de Washington y, por supuesto, el de Saigón, se contaba como algo definitivamente seguro, para empezar—de la Misión de Paz de la Commonwealth, tendría bastante el *premier* británico para silenciar las enojosas manifestaciones de descontento que se iban convirtiendo en un motivo de creciente molestia y para inclinar a su favor, y el de su Partido, a un porcentaje del censo electoral que pudiese asegurarle una mayoría de 50, acaso hasta de un centenar de votos, en una nueva Cámara de los Comunes. Aquello le situaría

con cinco años de permanencia garantizada en la casa señorial que se levanta en una de las direcciones mejor conocidas del mundo, el número 10 de la calle de Downing, en Londres.

Lo que parecía estar a cubierto de riesgos y contratiempos, empezó a tropezar, sin embargo, con serias dificultades desde el primer momento. Uno de los cinco miembros, Ceilán, ni siquiera se sintió atraído por la idea de tomar parte en unas gestiones cuyo éxito se había dado por asegurado. Y por parte de otros—Ghana, Nigeria, Trinidad y Tobago, junto con Inglaterra, por supuesto, representada por el propio Mr. Wilson, que se encargaría de presidir la comisión propuesta por él mismo—había resistencias y había reticencias. No sólo porque se consideraba a la Gran Bretaña como un país que estaba “alineado” en forma que no gozaba de especial favor y popularidad en algunos países de la Commonwealth, sino por causa de lo que al doctor Kwame Nkrumah, cuya actitud de “no alineado” nunca había sido una dificultad para inclinarse con decisión hacia uno de los dos grandes bandos en que aparecía dividida una buena porción del mundo de la postguerra, estimaba una condición *sine qua non*: que fuesen retiradas las fuerzas militares que habían enviado ya un miembro de la Commonwealth, Australia, al Vietnam del Sur (otro más, Nueva Zelanda, se encontraba en la fase del entrenamiento activo y acelerado de un destacamento militar listo también para hacer una demostración de solidaridad activa con los Estados Unidos en el esfuerzo con que se quería contener y, a ser posible, rechazar la presión comunista por avanzar y desparramarse por todo el Sudeste Asiático) y que los Estados Unidos suspendiesen los bombardeos aéreos del Vietnam del Norte.

A pesar de las circunstancias, singularmente desfavorables, en que se propuso la formación de esa Misión de Paz de la Commonwealth, la actitud general podía considerarse como favorable. Acaso la única actitud recelosa se apoyase, no en los motivos que pudieron animar—que sin duda animaron—a Mr. Wilson: el aprovecharse de la situación alarmante a que se había llegado en el Vietnam para sacar de ella un alto provecho político para sí personalmente y para su partido, sino en que, por razón de esos motivos precisamente, no se hubiera pensado y meditado un poco más en lo que se quería hacer, con la esperanza tal vez de aumentar en todo lo posible las perspectivas de éxito. Un órgano tan poco dado a las extravagancias como *The Economist* de Londres, llegó a decir que Mr. Wilson tenía de su lado toda la razón al hacer un intento así. Aunque su iniciativa estaba,

por supuesto, “concebida más en la expectación de la ventaja política que en la tristeza ocasionada por los sufrimientos del Vietnam”.

Un perro pequinés.

Pero una cosa es intentar hacer algo que bien vale la pena por sí mismo, cualesquiera que pudiesen ser las causas de inspiración, y otra muy distinta las condiciones en que se han de hacer, en las que pudiera haber tantas posibilidades—muchas más, incluso—de fracaso como de éxito y cuando del fracaso pudiesen salir consecuencias capaces de dejar las cosas bastante peor de lo que ya lo estaban. En primer lugar, ¿cuál podía ser la influencia de la Gran Bretaña en una situación como ésta? *The Economist* afirma rotundamente que “Inglaterra como potencia, como asociada de los Estados Unidos, como un Estado con una política exterior de la clase que sea, es ahora incapaz de ejercer influencia alguna sobre las potencias reales en la crisis del Vietnam. Esta no es la crisis de Corea. No es siquiera la crisis de Indochina de 1954. Se desprende, por supuesto, que como la campaña antinorteamericana en este país (Inglaterra) va dirigida a un Gobierno sin influencia, carece también prácticamente de sentido”.

The Economist, que no mantiene, ni por principio ni por sistema, una actitud antilaborista y menos aun anti Wilson, viene mostrando desde hace algún tiempo una inclinación que parece irresistible a encontrar puntos caninos de referencia para algunas cosas delicadas. En ocasión de la tremenda crisis de la libre esterlina, que se pudo prolongar durante semanas y meses gracias a la ayuda de un grupo de Bancos centrales, se le ocurrió pensar en que alguien llegase a no poder resistir la tentación de considerar a Mr. Wilson como “el perro faldero” del gobernador del Banco de Inglaterra. En esta última crisis, más bien moral que política, en que de nuevo se vió envuelto el *premier* británico, al prestigioso semanario se le ocurrió, después de insistir en que el *premier* estaba en su derecho al hacer lo que hizo, aunque por la forma en que lo hizo “olía más al estilo de Wilson” que “a una diplomacia genuina”, divagar un poco sobre la posición incómoda en que habian de encontrarse los afroasiáticos escogidos para hacerle compañía. Porque, “alertados y sospechosos de algo que había surgido primero de una reunión de los dominios blancos, pueden hacer todo lo posible por asegurarse de que nunca más en el futuro se vea la Common-

wealth en la posición, por muy del momento que sea, de parecer que es el perro pequinés de Mr. Wilson”.

Por ser esencialmente política—y de una política nacional bien localizada—la razón que movió a Harold Wilson a tomar aquella iniciativa, acaso no hubiese pensado en la posibilidad de tropezar con dificultades susceptibles de llevarle al fracaso. Bastaba con pensar en que aquello era algo que se debería hacer. Es más, que existía la necesidad real de ser hecho. O intentado, en cualquier caso. En unas circunstancias así, ¿por qué no aprovecharse y sacar de ello todas las ventajas posibles?

Antes de que hubiese terminado la reunión de primeros ministros de la Commonwealth donde se había anunciado la creación de aquella Misión de Paz, todo el mundo, prácticamente, estaba convencido de que aquello había sido, por lo menos, un “parto prematuro”. De todas las direcciones, en realidad, incluso la norteamericana, llegaban comunicaciones y comentarios que si no eran invariablemente condenatorios, daban expresión por lo menos a una actitud incómodamente dubitativa. Para la actual situación norteamericana podía haber resultado singularmente valiosa una intervención como aquélla. De ahí el apresuramiento con que se le había prometido un apoyo incondicional. Porque si se encontraba no sólo con el asentimiento de la Unión Soviética, en lo que, al parecer, se tenía gran confianza, sino con una actitud cortés, por lo menos, por parte de Hanoi, quizá incluso de Pekín, ¿qué se podría sacar de allí sino ventajas enormes para la posición norteamericana y un gran triunfo político para Mr. Wilson? Metido de lleno en la especulación sobre una iniciativa que no podía fallar, se desembocó en la conclusión definitiva: si la jugada no salía bien del todo, por las razones que fuesen, siempre sería de una naturaleza tal que hacía imposible que de ella saliese el menor quebranto para la personalidad de Mr. Wilson.

Así únicamente podía explicarse aquella atmósfera, tan artificial, que se había formado y cultivado con mucho empeño y que mantuvo a Mr. Wilson aferrado a la idea de resolver el problema de cómo “reunir a la gente en torno de la mesa de conferencia. Eso es—añadió, en respuesta a una de las muchas preguntas que se le hicieron en la Cámara de los Comunes—lo que tratamos de hacer. Acepto que sea una manera nada convencional de intentarlo, pero cuando se piensa un poco en ello, se comprenderá que no hubiera habido ninguna otra manera de hacerlo”.

Eran malas, sin duda, las noticias que llegaban de Pekín, de Hanoi y,

para colmo, hasta de Moscú. Pero ni siquiera después de haberse leído o escuchado los comentarios adversos y en algunas ocasiones violentamente agresivos de alguna capital comunista, podía tenerse aún un motivo real para sentir desilusión o desaliento. Aquello no era una negativa oficial, y aunque lo fuese, no se debería abandonar por ello una proposición animada por tan nobles sentimientos.

Los propios ministros de la Commonwealth sintieron la necesidad de hacer una declaración que dejase bien aclarada “la base sobre la cual habían acordado formar una misión relacionada con el problema del Vietnam”.

Había sido designada por “los jefes de Gobierno de la Commonwealth en su totalidad”, y la “Commonwealth como tal no estaba comprometida con uno u otro lado del conflicto en el Vietnam y no ha formado un criterio colectivo, con la excepción del apremio del restablecimiento de las condiciones en que el pueblo del Vietnam puede encontrarse en condiciones de vivir en paz. Aun cuando dentro de la Commonwealth existe diversidad de opinión sobre el problema del Vietnam, hay unanimidad completa sobre la necesidad de hallarle una solución pacífica”.

En definitiva: “En el desempeño de la tarea que se le ha confiado, la misión se verá guiada por los puntos de vista de la Commonwealth como un todo y no por los puntos de vista de cualquier miembro individual de la Commonwealth.”

La tortura del “Napaim”.

Esto no aumentó el prestigio o la fuerza de la misión por el lado que la había contemplado en actitud recelosa desde el primer momento; pero sirvió para crear en Washington la impresión de que podía ser peligroso seguir, como en un principio, haciendo una demostración abierta de entusiasmo y apoyo a esa misión.

La situación no hacía más que agravarse a causa de la acción o la influencia de factores negativos, cuando no francamente adversos. Empezando por los Estados Unidos, donde el extraño movimiento de *teach-in*, un movimiento que pretendía inculcar—enseñar—a la gente que era muy peligroso, además de injusto, lo que se estaba haciendo por el Vietnam, no dejaba de ganar terreno. Podía pensarse en que llegase a tener consecuencias comparables a las del movimiento del *sit-in*, que le había servido de

modelo y que había dado un enorme impulso a la campaña en favor de la concesión de derechos iguales a negros y blancos en los Estados Unidos. No se contentaban profesores y alumnos de algunas grandes universidades norteamericanas con censurar agriamente al Gobierno, sino que se buscaba colocar en la situación más desairada posible a sus portavoces más autorizados y conspicuos.

Mr. McGeorge Bundy, un intelectual de cuya estatura podía dar idea el hecho de haber llegado a decano de una Facultad de la Universidad de Harvard todavía muy joven y que había sido llevado a Washington por el presidente Kennedy, para continuar con su sucesor como ayudante y consejero en asuntos de Seguridad Nacional, podía haberse equivocado al adoptar en un principio una actitud más bien despreciativa frente a la agitación de lo que era, sin duda, una corriente universitaria de dimensiones francamente minoritarias. Cuando se pretendió cambiar de actitud, la situación parecía haber roto los cauces de la prudencia y hasta de la pura cortesía. No era lo malo los debates, que se mantenían todavía dentro de los límites de una elemental convivencia y respeto mutuo, sino lo que sucedía tan pronto como se desconectaban los micrófonos y se apagaban los focos que habían iluminado el ambiente para que pudiesen actuar las cámaras de la televisión. Entonces, profesores y alumnos por igual se echaban encima, literalmente, de los portavoces del Gobierno para acosarlos a preguntas, que se hacían insoportables cuando tendían a caer en la repetición monótona y pesada de buscar una salida emocional en cosas como: “¿Y qué me dice usted del napalm?”

Ya se sabe de qué se trataba: de esa gasolina gelatinizada que se venía empleando, con mayor o menor regularidad, desde los días de la segunda guerra mundial, y una de cuyas consecuencias era la provocación de incendios devastadores.

—Ya le he contestado tres—dijo Mr. Bundy, dirigiéndose al profesor de la Universidad Americana, de Washington, Daniel Berman, que era quien acababa de interrogarle, una vez más, de aquella manera.

—¡Oh! Con que eso es lo que hizo, ¿verdad?

—Sí, eso es lo que he hecho, y con toda cortesía—contestó de nuevo Mr. Bundy, ya con el acento y la actitud de hombre aburrido y cansado—. Sí, eso es lo que he hecho—repitió a tiempo que buscaba sitio para retirarse, porque aquello empezaba a tener las dimensiones de una tortura.

Había en todo aquello algo asombroso, impresionante. No porque estu-

viesen aparentes, en evidencia, las desavenencias en el seno mismo de la familia presidencial, entre los principales y más íntimos o allegados consejeros del presidente Johnson, sino por algunas de las manifestaciones en que se traducía un movimiento de protesta contra la continuación de la participación norteamericana en la guerra del Vietnam. Aquellos anuncios, llamamientos y colectas de dinero, para cosas como el envío de un telegrama en el que unos cientos de estudiantes de la Universidad de Colombia hacía expresión de simpatía al presidente del Vietnam del Norte, Dr. Ho Chi Minh, a tiempo que le enviaban su sincera manifestación de dolor por los daños que causaban los aviones norteamericanos con sus acciones de bombardeo, ¿qué eran en comparación con las suscripciones destinadas a recaudar fondos para ayuda de los pobrecitos campesinos del Vietcong y hechas delante de las narices mismas de los portavoces oficiales? Lo que había sucedido hasta entonces, ¿qué podía ser en comparación con la presencia de “voluntarios” dedicados a repartir octavillas de protestas y anuncios de nuevos actos y manifestaciones del *teach-in* a las puertas mismas del Pentágono, para ser puestas en las manos mismas de los militares que eran precisamente el tema principal y favorito de ataque?

En fin, ¿qué explicación se podía dar a lo sucedido en aquel “gran festival” de las artes celebrado dentro de la Casa Blanca y sus bien cuidados jardines, con la participación de unos 400 invitados, personalidades todas de mayor o menor renombre, como escritores, críticos, pintores, músicos, dramaturgos, actores, etc., con exposiciones, lecturas, discursos, almuerzo, refrescos, merienda, trece horas completas en las que se llegó incluso a tratar de recoger firmas para hacer una gran protesta contra la política de guerra de los Estados Unidos en el Vietnam? No había bastado con algunas expresiones de solidaridad con el poeta Robert Lowell, quien después de haber aceptado la invitación presidencial que había recibido, anunció pública—escandalosamente—que la rechazaba, porque su presencia allí podría ser interpretada como un acto de aprobación personal de la política del presidente Johnson en relación con Vietnam. El escritor John Hershey, que antes de celebrarse este gran festival había hecho manifestaciones de pública solidaridad con la decisión de Lowell, aunque sin renunciar por ello a la invitación para participar en el gran festival, porque eso le ofrecía la gran oportunidad de dar mayor amplitud y resonancia a su propia actitud de protesta contra la guerra del Vietnam. Antes de leer algunas páginas de su libro *Hiroshima*, uno de los testimonios más impresionantes de toda la literatura

de la postguerra, dijo esto, a manera de introducción: "Voy a leer estas páginas en nombre del gran número de ciudadanos que se han visto alarmados en semanas recientes por el espectáculo del fuego que engendra fuego. Que estas palabras sirvan de recuerdo. El paso de un grado de violencia al próximo se da de una manera imperceptible, pero no es posible desandararlo. El punto final de estos pequeños pasos es el horror y el olvido... Las guerras tienen una manera propia de escaparse de las manos."

Aquello tenía como escenario los jardines de la Casa Blanca. La ocasión era, tal vez no esté de más repetirlo, una fiesta hecha por invitación personal del presidente Johnson y su esposa. Había sido la esposa quien la había iniciado, con un pequeño y gracioso discurso: "Un festival es la ocasión para estar de fiesta y es rica la razón que tenemos hoy para estar de fiesta. Las artes serán presentadas aquí en muchas formas, todas las cuales encuentran una acogida cálida en esta casa."

El presidente entró allí alguna vez, para salir en seguida. En una de sus breves visitas pronunció también su pequeño discurso. "Vuestro arte —dijo—no es un arma política; con todo, mucho de lo que hacéis es profundamente político. Pues andáis en busca de los placeres y visiones, de los terrores y crueldades comunes al hombre que tiene su día en este planeta, y yo desearía mucho poder esperar algo de vuestra ayuda para disolver las barreras del odio y la ignorancia, que son la fuente de muchos de nuestros dolores y peligros."

El "espíritu del mal".

El presidente se dió cuenta, sin duda, de que todo aquello podía haber sido una equivocación. No sintió la necesidad de perder mucho tiempo entre aquellos artistas y escritores que dejaban, alguna vez por lo menos, la impresión de llevar su descontento o su oposición al extremo, como en el caso de uno de ellos, el crítico Dwight Macdonald, de intentar recoger firmas—recogió unas diez—para ser estampadas al pie de una declaración que decía: "Compartimos la consternación de Mr. Lowell ante los actos recientes de nuestro país en el Vietnam y en la República Dominicana."

La actitud con que tropezó fué, en general, indiferente y, en ocasiones, hostil. Pero no fué eso lo que tuvo una significación real, sino el hecho en sí. Y también la actitud del propio Macdonald, cuando uno de los invitados a firmar su pequeño manifiesto, replicó, airado: "Eso es, sencillamente, una

grosería.” No se inmutó Macdonal por tan poco y siguió buscando firmas, después de advertir: “He venido a crear aquí una perturbación política. Soy el espíritu del mal que viene a malograr la fiesta.”

Podía el presidente, en lo que parecía ser uno de esos momentos de mal-humor que se iban haciendo más frecuentes—y para remedio de lo cual se había anticipado mucho Harry S. Truman, con aquella advertencia que decía: “Si no puede usted resistir el calor, sálgase de la cocina”—comentar: “Algunos me han insultado al no venir y otros me han insultado viniendo.” Pero más que una cuestión de insultos parecía ser una cuestión de ponerse de acuerdo no sólo en lo que se hacía o debería hacer, sino en la forma de hacerlo.

En cuanto a lo primero, había grandes discrepancias. Averell Harriman, consejero de Roosevelt y de Truman, gobernador de Nueva York, colaborador de Johnson, miembro sobresaliente de una de las familias más acaudaladas y distinguidas de los Estados Unidos, lo decía de una manera: “Los comunistas intentan hacerse con todo a través de las “guerras de liberación”, pero nosotros tenemos que hacerles frente. Se pueden ver los comienzos de esas tácticas en Venezuela y la terminación en el Vietnam del Sur.” Para añadir: “Es absolutamente esencial que apoyemos al pueblo del Vietnam del Sur. Esto no es una cuestión de si podemos permitirnos eso o de hasta dónde es posible llegar. Tenemos que demostrar que Moscú y Pekín no pueden ganar.” Por lo tanto, se ha de ir necesariamente hasta donde haga falta, insistió Harriman, hasta mandar dos veces más, tres veces, cuatro veces más norteamericanos al Vietnam.

Pero, advertía el general (retirado) Mark Clark, una de las grandes figuras del panorama militar de la segunda guerra mundial y, más tarde, de la guerra de Corea, hay que estar en guardia contra el peligro de una guerra en el Sudeste Asiático, en la que la infantería jugase un papel preponderante. “La gran lección de la guerra de Corea—explicó—es que no debemos luchar contra los comunistas en una guerra a base esencialmente del potencial humano. La manera de ganar es atacar de verdad, atacar duro y emplear toda nuestra fuerza aérea y toda la potencia de nuestra aviación naval.”

Pero, ¿no era eso mismo lo que se había venido haciendo hasta entonces, con resultados en apariencia pobres? Por aquellos mismos días se había realizado una operación—destinada a ser repetida al cabo de poco tiempo—que bien merecía calificarse de impresionante. Desde la gran base

de la isla de Guam salieron 30 superfortalezas volantes, con ocho motores de reacción y construídas a un costo de ocho millones de dólares cada una, con capacidad para 10 toneladas de bombas, que eran las que llevaban en esta ocasión—270 toneladas en total, porque tres de ellas no llegaron a su destino—, para ser descargadas sobre un objetivo a más de 4.000 kilómetros de distancia. Todo estaba pensado y estudiado, pero las cosas no siempre salen como se piensan.

Con bombas de 300 y 450 kilos, lo suficiente para producir cráteres capaces de convertirse en estanques profundos, al retener parte del agua que descargaban las nubes arrastradas por el monzón, se esperaba hacer algo realmente eficaz en una zona de la selva a corta distancia de Saigón y que se sabía estaba convertida en un centro activo del Vietcong, para la preparación de emboscadas y actos terroristas, acaso contra la misma capital del Vietnam del Sur. Pero acaso sea mejor dejar la descripción resumida de lo sucedido a una prestigiosa publicación norteamericana, el semanario *Time*, que ni es antigubernamental ni, por supuesto, pro comunista. Decía, al hablar de lo que habían encontrado los equipos enviados poco después para observar los efectos de una operación que se pensó sería, para aquel objetivo, decisiva: “Los observadores se encontraron con que muchas de las bombas habían caído a distancias de 225 metros entre unas y otras, y mucha de la fuerza de las explosiones habían sido absorbida por la densa vegetación de la selva. Los carabaos seguían pastando pacíficamente en lugares donde habían caído aquellas bombas “revientamanzanas” de 300 y 450 kilos. No se encontró ni un solo cadáver del Vietcong, si bien los observadores atrajeron constantemente el fuego de los “pacos”, lo que demostraba que los comunistas continuaban estando por allí. En una cueva abandonada, los observadores encontraron equipo de comunicaciones del Vietcong y tetras todavía calientes al contacto. Esto movió a los funcionarios de Washington a llegar a la conclusión de que la misión había tenido éxito: los bombarderos habían forzado al Vietcong a disolverse y huir. Oficiales más escépticos contemplaban aquella desde otro punto de vista: aquella incursión de bombardeo había sido tan ineficaz que ni siquiera había conseguido volcar las tetras.”

Una caza de alto precio.

Y añadía: “En actitud retrospectiva, el uso de los “B-52” había resulta-

do ser una manera costosa de ir a la caza de guerrilleros, y el único mérito real de la operación podía muy bien ser de carácter psicológico. Hanoi a duras penas podría dejar de advertir lo fácil que les sería a las gigantescas escuadrillas del S. A. C. (Mando Aéreo Estratégico) entrar en acción en la batalla del Vietnam. Los "B-52" serían, por supuesto, enormemente eficaces si fuesen enviados contra las ciudades y fábricas del Norte. Pero la lucha en la selva también sirve para demostrar, una vez más, que la guerra del Vietnam del Sur sólo puede ser ganada por los soldados de a pie, apoyados muy de cerca por la intervención de la aviación táctica."

Pero, para eso, ¿cuántos soldados norteamericanos más se habrían de enviar al Vietnam del Sur? ¿Cuatro veces más de los 70.000 que habían en el momento de intervenir Averell Harriman en el gran debate que tenía ya a toda la nación por escenario?

La cuestión estaba llena de matices y de tentadoras facetas. Con tanta autoridad como la que tenía Averell Harriman, podía hablar el senador J. William Fulbright, nada menos que presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores, de lo que se suele llamar el "club más restringido del mundo", con sólo un centenar justo de miembros. Sólo por esto, el senador Fulbright se ve colocado en una de las más elevadas posiciones del sistema de gobierno de los Estados Unidos, con un rango político y social—no ejecutivo—, que está, sin duda, por encima del de un ministro del Gobierno—"Cabinet", como por allí se dice—del presidente Johnson. Y Mr. Fulbright insiste en que se busque un acuerdo negociado, para lo cual serán necesarias grandes concesiones por ambas partes, "por supuesto", porque, como "todo norteamericano razonable" debe advertir ya, "una victoria militar completa en el Vietnam" es algo que exigiría "un costo muy por encima de los requisitos de nuestro interés y de nuestro honor".

Y cualquiera que fuese la posición real en un momento dado, Mr. McGeorge Bundy no dejaba de afirmar, adondequiera que iba para explicar la posición oficial de los Estados Unidos, que el presidente Johnson había rechazado el consejo que se le había dado con insistencia para extender la guerra del Vietnam. Lo que Mr. Johnson busca, ante todo, es lo que buscaba Mr. Kennedy, solía decir una vez y otra el hombre que había sido llevado a la Casa Blanca por Mr. Kennedy, pero que producía la impresión de encontrar el trabajo con Mr. Johnson más de su gusto y satisfacción: ser recordado como el presidente de la paz.

La situación tendía a complicarse por el lado más incómodo de todos,

el de la estabilidad política del Vietnam del Sur, que era, aparentemente, la razón por la cual se encontraban los Estados Unidos empeñados en aquella guerra cruel, costosa y, parecía ya evidente, muy impopular. Desde noviembre de 1963, cuando en circunstancias especiales, por no decir que trágicas, se produjo un cambio radical en la situación política del Vietnam del Sur, con la caída y asesinato del presidente Ngo Dinh Diem y su hermano Ngo Dinh Nhu, los cambios han sido frecuentes y con consecuencias delibitadoras. A Diem le sucedió el general Minh; al general Minh, el general Khanh; al general Khanh, un triunvirato que duró dos días nada más, formado por los generales Khanh, Minh y Khiem, para acabar confiando la dirección del Gobierno, durante una semana escasa, al Dr. Oanh. A continuación, el 5 de septiembre de 1964, volvió el general Khanh al Poder, para conservarse en él durante tres meses mal contados, hasta el 27 de enero de este año, cuando hubo de ceder el paso a Tran Van Huong, a quien pronto siguió el doctor Oanh otra vez y, finalmente, durante casi cuatro meses, el Poder apareció nominalmente bajo el control de un Gobierno de dirección civil, presidido por el doctor Quat. El 12 de junio pasado se produjo un nuevo golpe, mientras el embajador norteamericano en Saigón, general Maxwell D. Taylor, estaba de visita en Washington. Al regresar a su puesto, casi inmediatamente, se encontró al frente del Gobierno al vicemariscal del Aire Nguyen Cao Ky, un soldado de treinta y cinco años que había anunciado, casi para empezar, que iban a tomarse grandes y graves decisiones. Una de las primeras fué el fusilamiento de un joven del Vietcong que había sido detenido en el momento de dirigirse, al parecer, con una carga explosiva, a preparar la voladura de un edificio destinado a uso del personal militar norteamericano. (El Vietcong, en acto de represalia, anunció el fusilamiento de un militar norteamericano que estaba en su poder desde hacía unos pocos meses.)

La situación requería medidas radicales. Una de ellas: la amenaza de proceder al fusilamiento, por el sencillo procedimiento de echar a suertes entre un grupo de 28 grandes almacenistas de arroz, en la plaza pública, de algunos especuladores y ventajistas, a menos que se produjese una baja rápida en los precios de los principales artículos alimenticios. Se decía que el precio del arroz se había multiplicado por cinco en cosa de muy poco tiempo.

Entre las medidas extremas adoptadas por el nuevo Gobierno del vicemariscal Ky, estaba la proclamación del estado de guerra en todo el

país, la prohibición absoluta de las manifestaciones, la suspensión por un mes de 36 periódicos publicados en lengua vietnamita por un período de treinta días, para empezar (muchos de ellos reanudaron la publicación unos días más tarde), la ruptura de las relaciones diplomáticas con Francia, la decisión de reducir en un 50 por 100 los sueldos de todos los funcionarios públicos, junto con la eliminación de toda clase de beneficios y concesiones y la amenaza de la ejecución, por fusilamiento, de todo funcionario convicto de haber robado más de 1.000 piastras (algo menos de 1.000 pesetas). ¿Qué posibilidades tenía el nuevo jefe del Gobierno de salir adelante con un programa como aquél? De su decisión, apenas había motivo alguno para dudar. “He pedido a mi mujer—explicó—que me compre una caja. Pero tan pronto como yo haya caído, otro miembro del equipo (militar) ocupará el puesto vacante. No existe ni la más pequeña posibilidad de que el Gobierno se desintegre otra vez, como ha sucedido en el pasado.”

Pero había más que sospechas de que, por el lado de las autoridades norteamericanas, las simpatías hacia el vicemarisal Ky eran limitadas. Claro que eso mismo se había dado otras veces. En el caso de Diem y en el caso del general Khanh, por lo menos. Y en los casos en que la actitud oficial norteamericana era de ostentosa simpatía, como en el del general Minh o el de alguno de los jefes de Gobierno civiles, el ambiente parecía no serles especialmente favorable, ni desde el lado popular, que iba siendo particularmente ruidoso, sobre todo por parte de algunas organizaciones budistas, ni el militar.

¿Por qué se rien?

Así se ha llegado a una situación como la de ahora, con perspectivas nada favorables para el desarrollo de una misión como esa que Mr. Wilson se había propuesto sacar adelante a toda costa. No sólo por la oposición cerrada de Moscú, que dijo no tener nada que ver en la cuestión y, por lo tanto, anunció que no sería recibida esa misión de paz de la Commonwealth en el caso de insistir en hacer el viaje, sino por la actitud intransigente del Gobierno de Hanoi y la conducta insultante de Pekín, que llegó a decir, a través del órgano oficial *Diario del Pueblo*: “Si el Gobierno de Wilson quiere hacer otro intento con esa “misión” suya, todo lo que le espera es otro portazo en las narices.” Para añadir: “Realmente, esta es la actitud de un estúpido empeñado en complicarse las cosas. Sobre la cuestión del Vietnam

todas las partes interesadas han dado expresión clara de la posición en que se encuentran y Wilson puede ahorrarse molestias.”

Pero no era tan fácil ahorrarse molestias, como hubiera podido parecer en un momento cualquiera en el desarrollo de aquel fantástico forcejeo. Ni siquiera después de ver cómo Inglaterra empezaba a dar la impresión de ser susceptible a la influencia o la infección de extraños movimientos que más de una vez se había dicho que eran de una naturaleza que jamás podría encontrar ambiente propicio por allí. Estaban prendiendo los movimientos de *teach-in* de la misma manera que, desde un poco antes, había indicios sospechosos de que también había empezado a prender el Ku Klux Klan, importado directamente de los Estados Unidos para introducir un elemento de violencia en el problema del color de la piel, contra el cual se había asegurado que había inmunidad absoluta en el ambiente británico.

Ya se habían arrojado contra las puertas de algunas casas las llamativas—y llameantes—cruces del K. K. K. y ya había sido la Universidad de Oxford escenario del primer gran debate de lo que muy bien podría ser considerado como la extensión o duplicación del movimiento del *teach-in* norteamericano, que había surgido sin otra finalidad que la de ofrecer resistencia contra la continuación de la guerra del Vietnam.

Este fenómeno, ¿podía hacer daño a los propósitos de Wilson de buscar la mediación en el conflicto a través de aquella misión de la Commonwealth? No era esa su finalidad. Sólo quería protestar contra lo que se calificaba como una actitud británica demasiado favorable a la posición oficial norteamericana. La consecuencia inevitable de esto era, sin duda, crear una atmósfera de recelo, acaso de descrédito, al producir la impresión de que no podía haber sinceridad, y menos todavía eficacia, en un sentido realmente pacifista y objetivo, cuando al frente de la misión de la Commonwealth se encontraba el *premier* de un país cuya política hasta el momento se había inclinado resueltamente, en cuanto a la guerra del Vietnam, hacia el lado de los Estados Unidos.

La campaña del *teach-in* amenazaba con hacer desvanecerse definitivamente la última posibilidad de éxito de aquella misión de paz de la Commonwealth. Desde luego, el comienzo de esa campaña había sido desgraciado para el Gobierno de Inglaterra y quizá también para las perspectivas de una continuada colaboración eficaz de Inglaterra con los Estados Unidos en cosas como la guerra del Vietnam. Con la esperanza de producir una impresión decisiva, en ese gran debate de la Universidad de Oxford había llega-

do, en vuelo especial, el ex embajador y ex candidato a la vicepresidencia, Henry Cabot Lodge. Para encontrarse con un público de estudiantes y tutores (*dons*) notoriamente hostil. A medida que iba hablando de lo que los Estados Unidos habían hecho por otros países—resultaba fácil llegar a la conclusión de que por Inglaterra también—y de cosas como lo que hubiera hecho, sin duda, sir Winston Churchill ante semejante situación, aumentaban los murmullos y unas expresiones que sólo podían ser desfavorables. A veces eran risas, risotadas, como al culminar Mr. Lodge una exposición en la que habló de las doce ocasiones distintas en que los Estados Unidos habían hecho ofertas de negociación sobre el Vietnam, “para recibir un escupitazo en la cara”. Los murmullos se fueron convirtiendo en risas, las risas en silbidos, los silbidos en pateos.

“¿Por qué se ríen?—preguntó Mr. Lodge, con cara de asombro. ¿Por qué no me escuchan? Dénme, por favor, una oportunidad; he venido por aire desde Boston, especialmente para hablarles en esta ocasión.” Pero no había posibilidad de conseguir que le escuchasen. Ni siquiera cuando, en un momento ya de angustia o de desesperación, se dirigió al presidente del gran debate, Mr. Christopher Hill, director del colegio de Balliol. “¿No impone usted el orden, señor presidente? Esa es su obligación.” Más risas, más estrépito, más hostilidad. Y una situación especialmente incómoda, al producirse en un acto del cual formaba parte una alta personalidad norteamericana—y el ministro de Asuntos Exteriores inglés, Michael Stewart—: hubo grandes, aunque no unánimes, aplausos para el diputado laborista William Warbey, en el momento de dirigirse expresamente a Mr. Lodge para informarle que Rusia había hecho una mayor aportación a la gran tarea de salvar a Europa del nazismo que los Estados Unidos.

Aquello parecía ser el insulto que, según el dicho inglés, agrava la herida y, peor aun, el hundimiento total y definitivo de los esfuerzos de Mr. Wilson por encontrar en la guerra del Vietnam un argumento que le permitiese convocar este mismo año unas elecciones generales con ciertas perspectivas de victoria. De ahí el anuncio, poco después, de que la especulación en torno a unas elecciones este año podría quedar completamente eliminada. No habrá elecciones este año en la Gran Bretaña y no habrá tampoco, es de suponer, paz en el Vietnam.

JAIMÉ MENÉNDEZ.

